

FUTURO Y RETOS DE LA INVESTIGACIÓN BIBLIOTECOLÓGICA Y SOBRE LA INFORMACIÓN

Memoria del XXV Coloquio de
Investigación Bibliotecológica
y de la Información

*Filiberto Felipe Martínez Arellano
Juan José Calva González (Comp.)*



Rastros de la cultura libresca en la Nueva España

IDALIA GARCÍA

Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, UNAM

*"En el quehacer histórico,
la honestidad debe ser una
preceptiva metodológica, con igual
valor que el respeto a la fuente"*

Ramón Aureliano Alarcón (2007)

PARA INICIAR

El conocimiento del pasado representado por los libros y las bibliotecas en el periodo novohispano no ha sido un tema frecuente de interés para la investigación bibliotecológica. Ciertamente, tampoco lo ha sido para la investigación histórica que se realiza en México. Como resultado de este particular desinterés poseemos un conocimiento escaso y parcial sobre aspectos fundamentales que nos ayudarían a comprender las características de la cultura libresca de una época.

Esta situación contrasta mucho con los abundantes recursos bibliográficos y documentales que se conservan en instituciones mexicanas, pero especialmente con la fuerza y vitalidad de un tema de estudio denominado genéricamente como "historia del libro", que en otros países sí ha sido ampliamente desarrollado. Este tema ha tenido enormes avances en los últimos cincuenta años con numerosas y múltiples disciplinas,

tanto humanísticas como científicas, le han hecho diversas aportaciones.

La historia del libro abarca desde los modos de producción de los impresos, los mecanismos de comercio e intercambio, las formas de apropiación y representación social de los objetos, hasta la lectura y representación de los textos. Este campo también implica el estudio de la conformación de bibliotecas y el entramado jurídico que reguló la cultura libresca de una época como la novohispana. Por esta razón, el estudio del libro como objeto se circunscribe en diversas metodologías como las de la historia social, la cultural, la de las mentalidades, la del derecho y la de la vida cotidiana.

A diferencia de las tendencias internacionales, en México la historia del libro no es un tema recurrente, aunque en ciertos aspectos se advierten algunos cambios. Pero el trabajo se ha desarrollado de forma esporádica y discontinua tanto en la disciplina histórica como en la bibliotecológica, por lo que el conocimiento que hemos alcanzado sobre la historia del libro en nuestro país resulta demasiado general, y no logramos tener una idea completa del papel que jugó este objeto en el desarrollo de la cultura mexicana.

Por otra parte, en esta producción se advierte un escaso empleo de fuentes originales y una abundancia de fuentes secundarias como los grandes repertorios bibliográficos y sus estudios preliminares (García Icazbalceta o Medina), así como aquellos trabajos que se enfocaron a la compilación y transcripción de fuentes históricas (O'Gorman y Fernández del Castillo).

Esta apreciación sobre la producción puede observarse en la presencia de los estudios enfocados a los diversos aspectos de la historia del libro, que se han publicado en revistas tan emblemáticas del país como *Historia Mexicana* (desde 1951) de El Colegio de México, *Estudios de Historia Novohispana* (1966) y *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* (1965), ambas publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, *Relaciones* (1980) revista del El Colegio de Michoacán, *Historias* (1982) publicación de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, *Secuencia* (1985) publicación del Instituto Mora, *Signos históricos* (1991) de la Universidad

Autónoma Metropolitana Iztapalapa e *Historia y Geografía* (desde 1993) de la Universidad Iberoamericana.

Por lo que toca al campo de la bibliotecología, no son abundantes las revistas especializadas que se publican en México, contamos solamente con *Investigación Bibliotecológica* (que se publica desde 1986) del Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas,¹ aunque también debemos considerar al *Boletín de la Biblioteca Nacional* (publicación que se inició en 1902 y terminó en 1967) que se transformaría en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1968, y al *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, que se publicó desde 1839 y en el que “se daba cabida a artículos sobre bibliotecas y asuntos de carácter bibliográfico” (Castro 2001, 658).

Así, en este panorama mexicano de la publicación sobre historia del libro, podemos decir con certeza que son escasos los artículos que pueden considerarse como fundamentales para el desarrollo de tan particular conocimiento. La razón de esta apreciación se basa precisamente en la citación que predomina en los trabajos de quienes han sido considerados como autoridades en el tema, tales como Henri-Jean Martin, Roger Chartier, Trevor Dadson o Robert Darnton, entre otros (Hall 2007, 538).

Sin duda también podemos apreciar un momento dorado en la evolución de este tema en México, que se ubica en la primera década del siglo XX con autores como Nicolás León, Juan Iguíniz, Julio Jiménez Rueda, Edmundo O’Gorman o Francisco Fernández del Castillo. Después de esta época solamente distinguimos, como los más representativos, a Agustín Millares Carlo, Ignacio Mantecón, Jesús Yhmoff Cabrera, Ernesto de la Torre Villar, y especialmente Carmen Castañeda.

El camino emprendido por la investigación histórica sobre el libro en el periodo novohispano no ha sido fácil de resolver porque la comprensión del objeto mismo es compleja debido a su propia materialidad (estructura) y a la composición de las bibliotecas y su transmisión en el tiempo (las relaciones). A esta problemática debemos añadir una

1 Existen otras publicaciones, pero por sus características están consideradas como órganos de divulgación.

más mundana pero no menos importante: no contamos con inventarios fiables de las fuentes primarias para soportar este tipo de investigaciones. Por eso

“[...] las carencias en este sector historiográfico son tanto más graves cuanto que siguen faltando los instrumentos básicos que se necesitan para subsanarlas” (López 1984, 12).

Éste es tan sólo el principio de una problemática con muchas aristas, que en algún momento tendremos que abordar.

EL PROBLEMA DE CONOCIMIENTO

El panorama de conocimiento que representa la historia del libro se revela inmenso, en tanto que pretende

“[...] ayudarnos a comprender cómo las ideas han sido comunicadas con los caracteres impresos y cómo la difusión de la palabra impresa ha afectado el pensamiento de la humanidad” (Darnton 1999, 3).

Debido a esta complejidad la historia del libro no puede circunscribirse en fronteras limitadas; por el contrario, prácticamente todos los estudios realizados a la fecha han mostrado las ventajas y virtudes del trabajo interdisciplinario. Es más, los autores que se han dedicado a analizar este problema de conocimiento insisten en dicha forma de trabajo como la mejor opción para conocer al libro como objeto de impacto y transformación cultural.

El interés despertado por esta área de estudio se ha visto reflejado en la creación de revistas específicas y en departamentos de universidades en todo el mundo (como en Iowa² o en Toronto³). Desde estos

2 University of Iowa Center for the Book. Información disponible en <http://www.uiowa.edu/~ctrbook/index.shtml> [Consulta: febrero de 2008]

3 Program of Book History and Print Culture. Información disponible en <http://bookhistory.fis.utoronto.ca/> [Consulta: febrero de 2008]

espacios se ha promovido una reflexión sobre los problemas teóricos y metodológicos que implica la historia del libro. Justamente lo anterior se contrasta con la situación predominante en nuestro país, donde la historia del libro es un tema ausente en los programas de formación histórica. Mientras que en la formación bibliotecológica, aunque existe, no ha adquirido fortaleza propia y se mantiene en los programas simplemente como un contexto casi romántico en relación con el cual se analizan los grandes periodos históricos, pero no se introducen los aspectos teóricos y metodológicos que se requieren para hacer historia del libro. De ahí que una gran parte de los trabajos de titulación con esta orientación temática, adolezcan en su estructura precisamente en dos puntos nodales: el uso de las fuentes primarias y el análisis de la complejidad metodológica.

En general lo más manifiesto es lo que corresponde a la introducción de los campos de conocimiento promovidos desde el pensamiento de los "Annales"⁴, entre los que se encuentran la historia económica, la social, la de las mentalidades, y la de la vida cotidiana, que recientemente se han introducido en México (Gonzalbo 2007, 231). Gracias a esto se ha invertido, en cierta manera, la tendencia negativa sobre el conocimiento del libro en México, pero en dicha tendencia se advierte un interés preponderante por la localización y transcripción de inventarios de bienes en los que se registren bibliotecas de particulares o memorias de libreros.

Pesar a que la historia del libro se ha reconocido y definido como un campo de conocimiento propio, la naturaleza propia del objeto de estudio (el libro) es atravesada por las fronteras disciplinares de los campos anteriormente citados. Aquí nos interesa mencionar las preferencias desarrolladas desde la bibliotecología, por los aspectos bibliográficos e historiográficos que afectan al libro impreso. Nos interesan dichas contribuciones por lo que corresponde al conocimiento del libro como objeto material. Es decir interesa conocer los modos de producción, los mecanismos de comercialización, así como las formas de obtención y apropiación del objeto libresco.

4 Nombre que se ha dado a la propuesta historiográfica francesa por la publicación en 1929 de la revista *Annales d' Histoire Économique et Sociale*, renombrada en 1994 como *Annales. Histoire, Sciences Sociales*.

Desde esta perspectiva, los avances en países como Inglaterra, España, Francia, los Estados Unidos o Italia, han marcado líneas de investigación interesantes que todavía no son consideradas en México. Lo anterior se puede constatar en las citas bibliográficas que se emplean en la elaboración de las tesis (en todos los grados), en las que se observa la falta de inclusión de textos clásicos de la bibliografía material, o las numerosas reflexiones sobre la historia del libro que se han publicado con frecuencia desde la década de los años ochenta del siglo XX.

En efecto, el debate sobre qué es la historia del libro y cómo ésta debe abordarse no se ha cerrado. Por el contrario, las contribuciones de los autores analizan incluso el nombre mismo del campo de conocimiento, como lo es la propuesta que propone denominar este campo de una forma más acertada, como "Estudios del Libro" (Rose 2003, 12). En estas disertaciones también se encuentra el modelo de Adams y Barker (2001, 11), que se ha desarrollado para analizar el objeto y sus relaciones a partir de la propuesta de Robert Darnton (1999, 5). Pero también se examina la forma y el sentido en que la Historia debe incluirse en la formación de las ciencias de la información (Pawley 2005, 225-226).

Estos aspectos están pendientes en la reflexión bibliotecológica que se realiza en México. En efecto, tanto en la investigación y las publicaciones especializadas del área, como en los programas de formación, no se observa un seguimiento sobre el debate de la historia del libro como el que se está realizando principalmente en los Estados Unidos, Francia y España. Es más, la bibliografía de estos autores no parece ser relevante para el desarrollo de nuestro conocimiento.

Ciertamente, cuando los debates disciplinares apuntan hacia la reflexión sobre las tecnologías y el futuro de la información, más se fortalece la historia del libro y su importancia para la bibliotecología (Jenish 2003, 236). Desde que el libro, como objeto cultural, dejó de ser una fascinación meramente bibliológica para convertirse en un campo de estudio con numerosas relaciones, se hizo patente que las posibilidades estaban abiertas a nuevas preguntas, y que las viejas respuestas podían y debían redefinirse.

El libro (en todas sus formas materiales) sigue siendo un testigo invaluable para conocer las características de la cultura libresco de cualquier

época, puesto que en éste todos los elementos culturales están interrelacionados (Hérubel 2004, 300). Por eso no resulta extraño observar que en la mayoría de los textos dedicados a reflexionar sobre la historia del libro, haya una coincidencia sobre la necesidad de realizar estudios interdisciplinarios (Stepanova 2007, 107), como un utillaje ya mencionado por Henri-Jean Martin, Roger Chartier o Robert Darn-ton, por citar sólo a los más representativos.

El problema principal al que se ha enfrentado la historia del libro es precisamente la delimitación del terreno metodológico necesario para comprender el devenir histórico de este objeto. De ahí la convergencia disciplinar que se ha ocupado del mismo, y que explica la discusión teórica y metodológica que se ha realizado. Sin embargo, los partidarios de hacer este tipo de historia también encuentran numerosos escépticos porque el objeto de estudio parece ser bastante claro, pero las preguntas de investigación son inmensas y no pueden abordarse desde una única perspectiva o un solo tipo de fuente.

Para darnos cuenta del enredo que tiene este campo de estudio, podemos analizar algunas aportaciones que se han elaborado desde principios del siglo pasado. Entre éstas podemos distinguir dos que permiten delinear fronteras del objeto de estudio al que nos referimos. En primer lugar se trata de “la larga duración” propuesta por Fernand Braudel, que explica cómo los sistemas culturales se prolongan en el tiempo con rasgos comunes y dinámicos; es decir, comprender las estructuras como ensamblajes que demuestran “[...] una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y transformar” (Braudel 2006, 8).

La otra aportación, de Gonzalbo Aizpuru, nos permite entender al libro en el marco de la vida cotidiana de las personas. Los libros no solamente se producen o se adquieren, sino que también se transmiten entre generaciones, por eso podemos rastrearlos en el tiempo. Así podemos precisar que

“[...] lo verdaderamente histórico no son los cambios sino los procesos mediante los cuales se producen esos cambios. Y dado que las estructuras mentales, las creencias y las costumbres son procesos de larga duración, proporcionan a la investigación un campo de observación idóneo para la investigación histórica” (Gonzalbo 2006,14).

Por otra parte, no debemos olvidar que la historia del libro, como campo de conocimiento, comenzó a desarrollarse

“[...] seriamente en el siglo XIX cuando el estudio de los libros como objetos materiales condujo al nacimiento de la bibliografía material en Inglaterra” (Darnton 1999, 4).

Pero en la actualidad esta vertiente forma sólo una parte del complejo mundo que adquiere el estudio del libro y que incluye desde su materialidad hasta sus relaciones y representaciones en el mundo cultural que lo produjo.

No obstante, el problema bibliográfico tampoco es un aspecto cerrado. En tanto que en el mundo todavía no se han terminado los inventarios y registros de la producción de libros por ciudades y por épocas. Esta ingente tarea iniciada también en el siglo XIX por las grandes bibliotecas nacionales, ha evolucionado y perfeccionado las metodologías para la representación bibliográfica de los impresos, lo cual ha posibilitado también la reflexión sobre las problemáticas de catalogación que se presentan en la compilación de los catálogos colectivos, y la posibilidad de socializar esa riqueza bibliográfica a través de bibliotecas digitales (como la Digital Hispánica⁵ o Gallica⁶).

Esta es, sin duda, la principal problemática que entorpece en México el desarrollo de la historia del libro. En efecto, nuestro avance en materia de representación bibliográfica y catalográfica no es satisfactorio ni deseable, ya que ha propiciado una anarquía en esa misma representación, favorecida por la falta de concierto o de acuerdo en los modelos que se emplean. Tal situación obedece a un escaso conocimiento del objeto libro, desde los espacios de formación profesional, de investigación y de asociación de profesionistas que existen en nuestro país, frente a los avances que sí se ha realizado en otras latitudes en esta misma materia.

En efecto, nuestros catálogos e inventarios realizados a la fecha sobre libros antiguos y documentos históricos, no han conseguido registrar la

5 Información disponible en <http://www.bne.es/BDH/index.htm> [Consulta: Febrero de 2008]

6 Información disponible <http://gallica.bnf.fr/> [Consulta: Febrero de 2008]

mayor parte de los objetos conservados. Una tarea que resulta imprescindible para la preservación de la memoria histórica y que requiere de un personal capacitado y especializado, dedicado de forma exclusiva a tan ingente responsabilidad. Sin estos instrumentos fundamentales, el camino de la investigación debe hacerse a partir de las investigaciones que nos anteceden y que están dedicadas a la historia del libro en México (como por ejemplo los trabajos realizados por Carmen Castañeda o Nora Jiménez).

Pero esta forma es solamente un trazado que delinea la investigación, por tanto no representa la única opción posible. Esto es así, porque

“[...] el inventario de los libros no adquiere, empero, su pleno sentido más que si se le puede arraigar en un conocimiento seguro de la sociedad de lectores” (Chartier y Roche 1978, 130).

De ahí que también debamos transitar hacia lo que pueden ofrecernos los testimonios históricos conservados.

LAS FUENTES ORIGINALES

El estudio del libro en el periodo novohispano conlleva necesariamente la identificación y el conocimiento de las fuentes originales que testimonian la presencia de este objeto en dicha época. Como hemos ya mencionado, este conocimiento histórico implica desde los modos de producción de los objetos hasta la recepción social de los textos que los libros contienen. En efecto son tres las perspectivas principales que debemos abordar: el libro en sí mismo, la edición y la lectura (Mollier 2004, 3).

Con esta apreciación y los conceptos previos que la sustentan, podemos circular hacia “[...] la existencia de fuentes y de la capacidad para encontrar en ellas lo que el tema demanda” (Gonzalbo 2006, 15). Es decir, cómo las preguntas de investigación que nos hacemos para comprender la cultura libresca de una época como la novohispana, encuentran una respuesta posible en un tipo de fuente. Pero en esta

tarea no debemos olvidar que el testimonio histórico por sí mismo no es historia, para ello necesita ser interrogado, interpretado y relacionado con otros testimonios antes de poder aportar conocimiento histórico.

Como también hemos aclarado, la carencia de instrumentos fiables que nos informen sobre la existencia de esas fuentes primordiales en los repositorios mexicanos es una dificultad, no un impedimento para realizar estudios históricos sobre el libro. Esto es así porque contamos con un entramado teórico y metodológico depositado y delineado en las numerosas aportaciones disciplinares que se encuentran en la producción bibliográfica que nos antecede. En ésta se localizan “[...] los estudios del libro como objeto material y los estudios basados en otras fuentes indirectas” (Álvarez Márquez 1994).

Cabe también recordar aquí la característica de este tipo de producción realizada en México, que ha privilegiado el uso de fuentes secundarias más que primordiales. Tendencia que sólo es desacertada cuando esa información es considerada como una totalidad o una verdad absoluta, especialmente en lo que corresponde a los trabajos previos que inventarían información histórica, que sabemos parcial, incompleta o cuando menos no actualizada conforme al conocimiento moderno de las colecciones o nuevas investigaciones.

Para cualquier acercamiento disciplinar enfocado en la historia del libro, existen dos fuentes primordiales: el libro antiguo y los documentos históricos. El primero como objeto material y medio de transmisión de las ideas, mientras que el segundo como elemento testimonial relacionado con la presencia de objetos de la cultura escrita. El avance del conocimiento en esta temática, se realiza cuando nuestras interrogantes encuentran posibles respuestas en la relación de ambos vestigios históricos (libros y documentos).

Pongamos un ejemplo en relación directa con el periodo novohispano. Si queremos comprender la influencia ejercida por un conjunto de textos en la cultura de la época, no solamente nos interesa qué títulos se imprimieron, sino cuántos de éstos (el número de ejemplares de una edición), bajo qué circunstancias y si éstas determinaron algunas características materiales de los objetos. También nos interesa, entre otros aspectos, determinar cuál fue el impacto de esa producción frente a

otras formas de comunicación escrita, y la vigencia de esa misma producción en otros acontecimientos relacionados.

Por eso creemos conveniente que el campo bibliotecológico conozca las fuentes primordiales para estar en posibilidad de realizar las preguntas históricas que ayuden a una mejor comprensión de la cultura libresca del pasado en sus aspectos materiales, sociales, culturales y políticos. Sólo así podremos entender mejor la significación de su conservación como memoria escrita de una comunidad y coadyuvar al entendimiento de muchas de nuestras acciones profesionales (Pawley 2005, 231).

Ahora bien, entendemos aquí por libro antiguo al impreso resultado de la manufactura manual (impresión de tipos móviles), entre mediados del siglo XV y hasta el siglo XVIII. Este periodo también comprende a los incunables, objetos producidos desde la invención de la imprenta y hasta 1500⁷, y a los libros antiguos elaborados entre 1500 y 1800. Estos últimos comparten específicamente una estructura determinada por los procesos de producción y por la normativa de la época, la cual nos permite obtener información relevante sobre la propia edición, y sobre el mundo cultural y social del autor o del impresor, así como sobre los procesos económicos y legales que rodearon la producción del objeto.

Dichos procesos de producción dieron lugar a un conjunto de características que definen e identifican las ediciones de los libros conservados. Una información que podemos encontrar en los propios objetos a través de privilegios, licencias, aprobaciones, erratas, protestas, y otros documentos que nos permiten relacionar a los personajes, instituciones y fenómenos de la vida social que determinaron la producción de cierta parte de la cultura escrita.

Las características materiales del libro antiguo también nos aportan información sobre representaciones estéticas, iconográficas o religiosas que se reflejan en la composición de los textos (la caja de imprenta) y que sin duda determinaron la transmisión de las ideas

7. Aunque es preciso anotar que Honrad Haebler entiende el periodo incunable hasta 1510 y no más allá. Condición determinada por las diferencias que se dieron con la introducción y desarrollo de la imprenta en los países europeos.

(Feather 1986, 22). Es importante no descartar el conjunto de elementos históricos que el libro ha adquirido en su devenir histórico como los sellos, ex libris, marcas de fuego o anotaciones manuscritas que nos ayudan a comprender su transmisión entre generaciones. En suma, como los propios teóricos de la historia del libro se han esforzado en transmitir, se trata de un objeto rico en información y que ofrece múltiples posibilidades de estudio.

Sin embargo, a pesar de la bondad que el libro antiguo tiene como fuente de conocimiento histórico, no terminan sus fronteras en esta materialidad; por el contrario, se abren para comprender la representación que adquiere como objeto de difusión cultural en un proceso que va desde su producción hasta su custodia contemporánea en las instituciones culturales. Es respondiendo a este tipo de preguntas como se puede relacionar al libro con los testimonios documentales en los que ha quedado huella de su presencia temporal.

Los testimonios documentales son todos los documentos producidos en el transcurso de un trámite específico, determinado y precisado por condiciones culturales, económicas, sociales, políticas y jurídicas. Como conjunto documental tales testimonios conforman grupos importantes de material que están disponibles y son útiles para investigar históricamente la cultura libresca de una época.

Entre estos testimonios podríamos encontrar contratos de impresión, compra de instrumentos tipográficos y papel, deudas de impresores, licencias de impresión, de lectura prohibida, de censura, "registros de ida", "registros de venida", pedimentos de aduana, listas de libreros (para revisar la presencia de los libros prohibidos), denuncias, contenido de bibliotecas (particulares e institucionales), valuaciones de las mismas, adquisición y transmisión de libros, e incluso, defensas de los autores sobre obras ya publicadas.

Todo este universo documental aporta datos fundamentales para el estudio de la cultura libresca en la época novohispana. Conocer estas fuentes (libros y documentos) aumenta nuestra comprensión histórica y, en cierta medida, posibilita la permanencia de los valores culturales que les reconocemos a esos testimonios, especialmente si consideramos el riesgo de que su permanencia en los repositorios del país no está garantizada. De ahí que los bibliotecarios interesados en

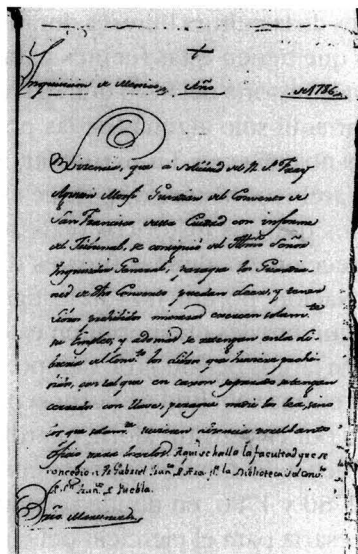
los aspectos históricos de la cultura libresca durante la Colonia no soslayen la importancia que tienen estas fuentes para que nuestras aportaciones enriquezcan la historia del libro que se realiza en México.

Queremos mostrar aquí sólo algunas de las posibilidades de estudio que estas fuentes nos ofrecen. En particular, los testimonios que se encuentran en los archivos históricos porque es precisamente esto lo que más falta en los trabajos históricos realizados desde la bibliotecología. Hemos seleccionado algunas fuentes disponibles en el Archivo General de la Nación, porque no son testigos aislados sino que conforman series documentales que permiten estudiar procesos y estructuras culturales en largos periodos de tiempo.

El primer ejemplo es una solicitud de licencia para realizar lecturas prohibidas⁸ realizado por Fr. Agustín Morfi, guardián del Convento de San Francisco de la Puebla. El documento contiene información sobre esta solicitud entre 1780 y 1786, en donde se autoriza esa lectura en virtud de que es necesaria para el ejercicio del empleo del fraile solicitante. En este testimonio también encontramos información sobre cómo deben custodiarse este tipo de lecturas:

“[...] se retengan en la Librería del Convento los libros que hubiere prohibidos, con tal que en caxon separado se tengan cerrados con llave, para que nadie los lea, sino solamente los que tuvieren licencia por el Santo Oficio para leerlos”.

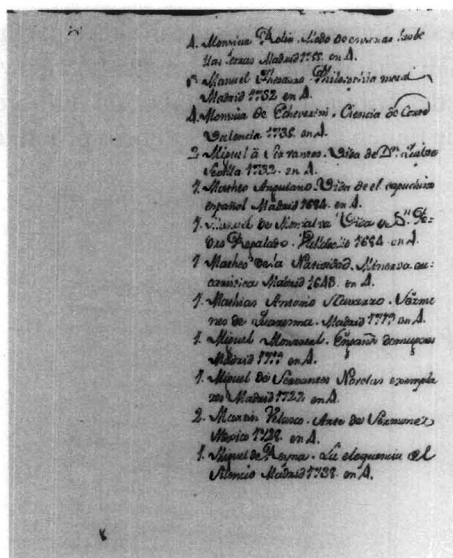
8 AGN, Inquisición, vol. 1301, exp. 25, fol. 318-324.



En el documento también se encuentra citado el título del libro cuya lectura se solicita. Se trata de *Derecho de la paz y de la Guerra* de Hugo Grocio, y aquí también encontramos las razones por las que ese libro fue prohibido, así como las que justifican su lectura. Este testigo documental permite conocer el tipo de trámite que se realiza ante estos pedimentos, entre otros aspectos, así como relacionar un objeto librario con un documento histórico y con los índices de libros prohibidos. Se trata de una mirada sobre el control y la censura de las ideas en la Nueva España, tema sobre el que se ha dicho mucho y en ocasiones con poco acierto.

Otro documento interesante es la memoria de libros⁹ que se tienen en la librería de Miguel de Cuetto, en el arquillo de la Plaza mayor de la Ciudad de México en 1767. Este documento es interesante por la cantidad de libros registrados y en particular, porque el registro incluye el autor, el título, el año de edición y el formato de impresión. Este tipo de datos no suele ser frecuente en documentación similar, de ahí su valor e importancia. También porque incluye una relación de los libreros que tenían negocio en esta ciudad, entre los años 1764 y 1768.

9 AGN, Inquisición, vol. 1259, exp. 3, fol. 168-198.



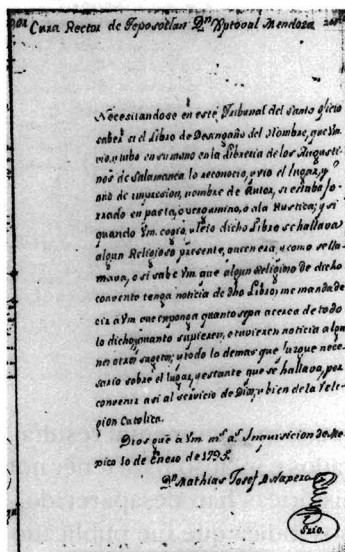
Este tipo de información documental resulta invaluable para identificar libros conservados e incluso para tener noticia de otros que por diferentes razones históricas han desaparecido. Su presencia en una memoria de libros, nos indica que fue publicado y por tanto estuvo a la venta, salvo que se indique lo contrario (v. gr. registrado como manuscrito). Especialmente cuando el registro que citamos, a diferencia de otros, es tan preciso en sus datos porque nos proporciona información puntual para identificar un libro. Este tipo de registro resulta bastante fiable para determinar los libros en circulación (incluso los publicados con un siglo de anterioridad) durante un periodo determinado, aunque éste fuese realizado a petición del Tribunal de la Inquisición.¹⁰

El siguiente documento, en la misma sintonía que el citado de 1786, se refiere a la denuncia sobre la existencia de un libro prohibido en la librería de los agustinos de Salamanca (Guanajuato) en 1795.¹¹ El

10 Para algunos autores, esta condición resta cierta credibilidad a la información registrada ya que se hace bajo coacción.

11 AGN, Inquisición, vol. 1318, exp. 20, fol. 201-213.

expediente muestra toda la pesquisa realizada a partir de la denuncia de Cristóbal de Mendoza, quien asegura que “lo vide y tube en las manos”, por parte del Tribunal de la Inquisición. El libro fue prohibido “aun para los que tienen licencia de leer libros prohibidos”.

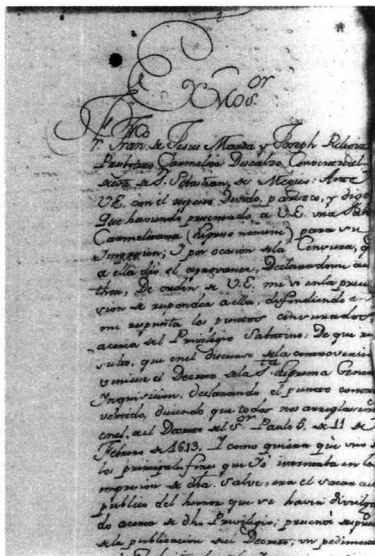


El trámite incluye la orden para recoger el libro al Provincial de los Agustinos. Éstos escriben que “habiendo vuscado el libro [...] no se hallo en el lugar indicado ni en otros, de algunos en que se busco”. El denunciante ratifica su acusación, aunque no tenía presente “quien era el autor, ni el lugar de impresión”, tampoco sabe “que otro alguno de los religiosos lo tuviera [...] en otra parte”. El expediente cierra con la comunicación del Provincial, en donde informa que no tiene noticia de que ese libro haya pertenecido a la Librería, pero sí de otros que pudieron haber conducido a una equivocación.

Otro documento interesante que queremos mencionar es la licencia de impresión del libro “Salve Carmelitana”¹² promovida por su autor Fr.

12 AGN, Indiferente Virreinal, caja 1079, exp. 035, fol. 1-57.

Francisco de Jesús, María y José, dado que su obra había sido publicada por Felipe de Zuñiga y Ontiveros sin el reconocimiento de su autoría. En el expediente se incluye parte del texto, así como las solicitudes para la revisión de la obra, y los dictámenes realizados.

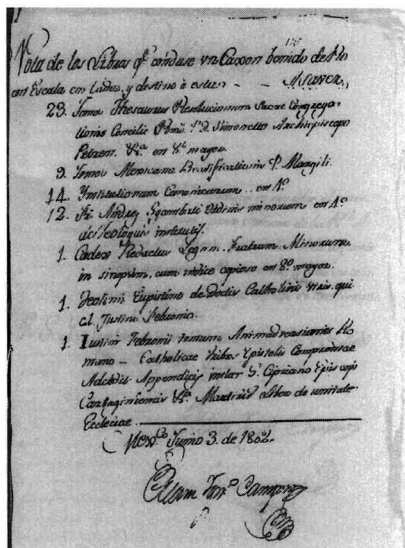


Este tipo de documentos nos ayudan a comprender el complejo procedimiento que se realizaba para imprimir un libro, pero también las diferencias manifiestas entre los autores e impresores, que generaron más de una inconformidad. Por otro lado, también documentan autorizaciones y edictos eclesiásticos que definían las formas en que ciertos textos debían transmitirse, especialmente cuando se trataba de ciertos dogmas o ritos religiosos. En buena medida, nos ayudan a comprender la mentalidad predominante en una época tan marcada por la religión.

El último documento que presentamos es una petición de un librero, a finales del periodo colonial.¹³ En 1802 Francisco Sedano quién

13 AGN, Inquisición, vol. 1411, exp. 17, fol. 223-226.

tramita a nombre de Mariano de Zuñiga y Ontiveros, solicita la liberación de un cajón de libros que ha sido detenido en la aduana. Para ello presenta la relación de los libros contenidos en dicho cajón, así como el número de ejemplares que se encuentran de cada uno.



Estas peticiones, junto con las memorias de los libros elaboradas por los libreros, testimonian tanto la circulación de obras como las problemáticas de la distribución. Pero también quiénes son los compradores de esos libros, ya que en algunas ocasiones estos pedimentos de aduana se acompañan de las solicitudes de compra de algunos establecimientos religiosos, como conventos o colegios. Como ya mostraron Edmundo O'Gorman (1939) y Fernández del Castillo (1982), y quienes han empleado las fuentes que estos autores compilaron y transcribieron; los testimonios históricos resultan evidencias inapreciables para definir las características de la cultura libresca y de ahí el interés de contar con esas fuentes para realizar estudios históricos.

Estos documentos son sólo una muestra de las posibilidades que ofrece la documentación para la historia del libro y por lo que consideramos que deben ser del conocimiento en una disciplina como la

bibliotecología. Se trata de elementos que se añaden a su importante labor en el registro e inventario de los libros antiguos conservados. A pesar de que parezca repetitivo, sin estos instrumentos la investigación histórica no podría caminar hacia la producción de nuevos conocimientos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

De modo casi inexcusable, cualquier pretensión para establecer conclusiones en una temática tan especializada, como la historia del libro, corre el riesgo de generalizar los resultados de tendencias y temas en la investigación que se ha realizado en México, cuyo protagonista es la cultura libresca del periodo novohispano. Ésta es precisamente la tendencia "totalitaria" o general en la apreciación histórica que se hace desde nuestra disciplina, y la que consideramos que debe modificarse.

De hecho, solamente podemos esbozar algunas ideas que nos parecen importantes para reflexiones futuras sobre el conocimiento histórico del libro en el periodo novohispano, pero que probablemente puedan ser útiles para satisfacer preocupaciones similares en otros periodos históricos. Pensamos esto porque la naturaleza propia de la fuente debe ser respetada tanto como el camino bibliográfico que nos condujo hacia ella. Esto es precisamente lo que consideramos honestidad como preceptiva metodológica.

Si embargo esta valoración no será posible si seguimos manteniendo en nuestra disciplina, por mera miopía funcional, una falta de conocimiento sobre las fuentes que son útiles para el conocimiento histórico. Esta ignorancia contribuye al mantenimiento de falsedades históricas y errores documentales que se transmiten una y otra vez. Algunos de estos desatinos han propiciado la creación de ediciones fantasmas de libros antiguos, o la valoración de ediciones sumamente apreciadas como bienes culturales, que resultan ser o una falsificación histórica o simplemente una identificación inexacta.

Cuando la bibliotecología como disciplina permite la existencia de dichas situaciones, sólo muestra una resistencia al diálogo interdisciplinario, que únicamente la perjudica y no la beneficia.

“Los libros rechazan también ser contenidos en los límites de una sola disciplina cuando son tratados como objeto de estudio. Ni la historia, ni la literatura, ni la economía, ni la sociología, ni la bibliografía pueden hacer justicia a todos los aspectos de la vida de un libro” (Darnton 1999, 19).

El libro antiguo y los testimonios que explican su devenir son el soporte de la comprensión histórica de la biblioteca como institución y, por tanto, del apuntalamiento disciplinar de la bibliotecología. En efecto, como podemos advertir en las reflexiones sobre la historia del libro, como en algunas que hemos citado, la bibliografía es una referencia permanente. Sin embargo, esta parte del conocimiento bibliotecológico, en particular la que conocemos como bibliografía material,¹⁴ ha adquirido una valoración negativa en el terreno académico de nuestra disciplina.

Mantener esta postura nos aleja del desarrollo de la historia del libro y de sus inmensas posibilidades interdisciplinarias. Además, sin el análisis del desarrollo de este tipo de bibliografía poco podemos aportar en la identificación de los libros antiguos conservados y, sobre todo, no avanzaremos hacia la elaboración de instrumentos fiables de control y consulta del legado bibliográfico del pasado.

Por otro lado, desconocer las características propias de las fuentes originales, no permite realizar valoraciones acertadas sobre algunos problemas de las reproducciones digitales de esos objetos culturales a los que nos referimos. Es cierto, la tecnología digital presenta ventajas y desventajas para ofrecer la consulta digital (en la red o presencial) de fuentes bibliográficas e históricas originales, en donde también se pueden observar decisiones desacertadas.

Un ejemplo de lo anterior es la digitalización de fuentes históricas que se ha realizado en el Archivo General de la Nación. Algunos de estos resultados no permiten ni siquiera leer la fuente reproducida. Como muestra, puede observarse el ejemplo “A” [Imagen: BibliotecaConv1795b], una reproducción digital de este archivo frente al ejemplo “B” [Imagen: LicImpresion1790a], una fotocopia de un documento del mismo repositorio.

¹⁴ Utilizamos aquí el término usado en España para traducir la “New Bibliography” de los anglosajones.

Ambos documentos son del siglo XVIII y forman parte de los documentos que hemos utilizado como ejemplos en este texto. El trabajo en archivos y bibliotecas mexicanos con fuentes originales, que han implementado estas tecnologías, muestra que esa modernidad no responde a una política de información y cultural que beneficie tanto al público especializado como a la sociedad en su conjunto. Ejemplos de lo anterior pueden ser el portal PARES¹⁵ del Ministerio de Cultura Español, la colección “American Memory”¹⁶ de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, la Biblioteca José María Lafragua¹⁷ o Colecciones Mexicanas¹⁸.

El pasado colonial, que se encuentra representado en libros antiguos y documentos históricos ofrece un vasto campo de acción para una disciplina como la bibliotecología. Especialmente si consideramos el número de fuentes existentes y que todavía no han sido estudiadas. Ni que decir de las que aún siguen sin identificar en los repositorios. Si bien todos los testimonios son sólo rastros de la cultura libresca de una época, representan una herencia cultural que no debe olvidarse en los trabajos históricos desarrollados por bibliotecarios y que los haría estar en armonía con el desarrollo de la historia del libro.

Sin embargo, también es importante reflexionar sobre el sentido y significado de este tipo de investigaciones, para lo cual todo interesado también debe estar al tanto de los debates en torno a la historia del libro que se han hecho y siguen haciendo.¹⁹ De esta manera tendremos la capacidad de comprender que el conocimiento de las fuentes de nuestro pasado, tiene un sentido social presente y futuro. En efecto, la adecuada salvaguarda del legado bibliográfico y documental, y por tanto, su valoración y transmisión, es una responsabilidad profesional de la que no podemos escapar.

15 Portal de Archivos Españoles. Información y consulta disponible en <http://pares.mcu.es/> [Consulta: Febrero de 2008]

16 Información y consulta disponible en <http://memory.loc.gov/ammem/index.html> [Consulta: Febrero de 2008]

17 Información y consulta disponible en <http://www.lafragua.buap.mx/> [Consulta: Julio de 2008]

18 Información y consulta disponible en <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx/> [Consulta: julio de 2008]

19 Por ser de interés, algunos de los debates más interesantes se encuentran registrados en la bibliografía de este trabajo.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

Adams, Thomas R. y Nicolas Barker (2001). "A New Model for the Study of the Books". *A Potencie of Life: Books in Society* / edited By Nicolas Barker. London: British Library; New castle: Oak Knoll Press.

Álvarez Márquez, María Carmen (1994). "Documentación notarial e historia del libro en España". *Gazette du livre medieval*. No. 25 (automne). p. 1-7. Texto disponible en <http://www.palaeographia.org/glm/glm.htm?art=notarial> [Consulta: noviembre de 2007]

Braudel, Fernand (2006). "La larga duración". *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, Núm. 5 (Noviembre). Texto disponible en <http://www.relacionesinternacionales.info/RRII/N5/fragbraudel5.pdf> [Consulta: noviembre de 2007]

Castro, Miguel Ángel (2001). "Del Boletín de la Biblioteca Nacional de México al Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas". *Historia Mexicana*. Vol. 50, no. 4, (abril-junio) p. 655-679. Texto disponible en http://revistas.colmex.mx/revistas/13/art_13_1101_8253.pdf [Consulta: febrero de 2008]

Chartier, Roger (2006). "Materialidad del texto, textualidad del libro". *Orbis Tertius: revista de teoría y crítica literaria*. No. 12. Texto disponible en <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/numeros/numero-12/1-chartier.pdf> [Consulta: noviembre de 2007]

——— (1994). *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.

——— (2007). "The Order of the Books revisited". *Modern Intellectual History*, Vol. 4, no. 3. p. 509-519.

——— y Daniel Roche (1978). “El libro. Un cambio de perspectiva”. *Hacer la historia* / bajo la dirección de Jacques Le Goff y Pierre Nora. Barcelona: Laia, 1978. Vol. 2. p. 119-140.

Darnton, Robert (1999). “¿Qué es la historia del libro?” *Historias*. No. 44. p. 3-24

——— (2007). “What is the History of Books? Revisited”. *Modern Intellectual History*, Vol. 4, no. 3. p. 495-508.

Davidson, Cathy N. (1988). “Towards a History of Books and Readers”. *American Quarterly*, Vol. 40, No. 1, Special Issue: Reading America. (March), p. 7-17

Dexeux Mallol, Mercedes (1994). “Diez años de historia del libro y de las bibliotecas en España”. *Boletín de la ANABAD*. Tomo 44, no. 3. p. 149-160. Texto disponible en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=50918> [Consulta: noviembre de 2007]

Feather, John P. (1986). “The Book in History and The History of Book”. *The Journal of Library History*, Vol. 21, no. 1 (Winter 1986). p. 12-26.

Fernandez del Castillo, Francisco (1982). *Libros y libreros en el siglo XVI*. México: FCE: AGN.

García Icazbalceta, Joaquín (1954). *Bibliografía mexicana del siglo XVI: catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600*. México: FCE.

Gonzalbo Aizpuru, Pilar (2006). *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México: COLMEX.

——— (2007). “Viudas en la sociedad novohispana del siglo XVIII: Modelos y realidades”. *Tradiciones y conflictos: historias de la vida cotidiana en México e Hispanoamérica* / coordinadoras Pilar Gonzalbo Aizpuru y Milada Bazant. México: COLMEX: El Colegio Mexiquense. p. 231-262.

Hall, David D. (1986). “The History of Book: New Questions? New Answer?” *The Journal of Library History*, Vol. 21, no. 1 (Winter 1986). p. 27-38.

——— (2007). “What was the History of the Book? A response”. *Modern Intellectual History*, Vol. 4, no. 3. p. 537-544.

Hérubel, Jean-Pierre V.M. (2004). “Historiography’s Horizon and Imperative: The Legacy of Febvrian Annales and Library History as Cultural History”. *Libraries & Culture*, Vol. 39, no. 3 (Summer), p. 292-312.

Jenisch, Jared (2003). “The History of the Book: Introduction, overview, Apologia”. Portal: *Libraries and the Academy*. Vol. 3, no. 2 (April). p. 229-239.

López, Françoise (1984). “Estado actual de la historia del libro en España”. *Anales de la Universidad de Alicante. Revista de Historia Moderna*. No. 4 (1984). p. 11-22.

Medina, José Toribio (1989). *La imprenta en México (1539-1821)*. México: UNAM. 8 v.

Mollier, Jean Yves (2004). “L’histoire du livre, de l’éditioin et de la lectura: bilan de 50 ans de travaux”. *I Seminario Brasileiro sobre Livro e História Editorial*. Brasil, Rio de Janeiro (8-11 novembro). Texto disponible en <http://www.livroehistoriaeditorial.pro.br/pdf/jeanyvesmollier.pdf> [Consulta: febrero de 2008]

- O'Gorman, Edmundo (1939). "Bibliotecas y librerías coloniales, 1585-1694" *Boletín del Archivo General de la Nación*. Tomo 10, no. 4. p. 663-1006.
- Pawley, Christine (2005). "History in the Library and Information Science Curriculum: Outline of a Debate". *Libraries & Culture*. Volume 40, Number 3, (Summer), p. 223-238. Texto disponible http://muse.jhu.edu/journals/libraries_and_culture/v040/40.3pawley.pdf [consulta: octubre de 2007]
- Prat Sedeño, Judith (2003). "Las corrientes ideológicas. Pasado, presente y futuro de la cultura impresa". *Anales de Documentación*. No. 6. p. 261-265. Texto disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/635/63500616.pdf> [Consulta: noviembre de 2007]
- Ramírez Alvarado, María del Mar (2005). "La reproducción de la imagen y su impacto en la construcción de nuevas realidades: historia del papel y de la imprenta en el continente americano". *Ámbitos. Revista Andaluza de Comunicación*. No. 13-14. p. 247-263. Texto disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/168/16801414.pdf> [Consulta: noviembre de 2007]
- Rose, Jonathan (2003). "The Horizon of a New Discipline: Inventing Book Studies". *Publishing Research Quarterly*. Vol. 19, no. 1 (March), p. 11-19.
- Rubin, Joan Shelley (2003). "What Is the History of the History of Books?" *Journal of American History*. Vol. 90, no. 2 (September), p. 555-575
- Stepanova, Masha (2007). "Disciplinary Duality: The Contested Terrain of Book Studies". *Publishing Research Quarterly*. Vol. 23, no. 2 (june), p. 105-115.